

## Carne de miseria

Ahora me pregunto y no sé por qué, hoy, de pronto, cuando estábamos en la clase de lectura, la recordé y levanté mis ojos hacia el lugar vacío. Sigue el banco abandonado, sólo; ya ella, mi pobre chiquilla, no volverá á ocuparlo. He sentido como si de allí saliera una bocanada de silencio, de un silencio de tumba que ha llenado mi alma de pena.

Mi libro, mis discípulas inclinadas sobre los suyos, el rumor agradable que formaban sus vocesitas al confundirse, todo se extinguió para mí, ante aquel recuerdo que tan á menudo descende y cae entre la sala como una lluvia de tristeza.

\*  
\* \*

El día aquel!

Afuera el sol tan brillante, las montañas tan azulitas, el cielo tan puro y nosotras tan contentas. Yo reía y las pequeñas hacían coro.

—Hoy es un buen día, me decían. ¡Qué ganas de trabajar!

De pronto entró Mencha, con su aire de triste triunfo, que tiene todo aquel que llega de primero con una noticia, por más dura que sea.

Me parece oírla, descargando como un puñetazo que atonta, la nueva triste.

—Murió Rosario!

Nadie contestó. Todas las cabezas se inclinaron agobiadas por aquel dolor.

La campana sonó, llamando á trabajar.

En la sala reinaba una calma desconsoladora.

—Mejor que haya muerto, dijo una acercándose á mí.—¡Estaba tan enferma!

Sus palabras cayeron entre aquel silencio y se perdieron en él.

Miré á mis discípulas. Todos los rostros estaban pensativos. Casi todas las cabecitas descansaban en las manos.

Volví los ojos al lugar abandona-

do, sobre el cual flotaría de aquel día en adelante la sombra de la muerte. La desolada procesión de miradas de mis discípulas siguió tras las mías. —«Nunca más la veremos aquí sentada»—dijeron aquellos ojos.

La que había sido su compañera, estaba toda encogida en el extremo del banco y miraba con recelo á su lado.

—Recuerdan—dijo una—tan pálida y flaca que estaba?

—Nunca jugaba—añadió otra—siempre silenciosa y quietecita. Nosotras la convidábamos, pero ella no quería. No puedo—nos decía—se me doblan las piernas.

Ah! sí, la pobre figura flacucha y triste! Aquella cabeza que se abría como una flor de miseria entre las encantadoras cabecitas rientes de sus compañeras, estaba ante mí, con sus cabellos lacios enmarcando el rostro amarillento y arrugado como el de una viejecilla; los ojazos hundidos, mirando con su mirada apagada, cual dos llamas que se concluyen; la boca entreabierta, de labios exangües, enseñando los dientes amarillentos, largos, y las encías pálidas.

—Rosario, triste chiquilla, tu niñez se acabó sin que la mariposa de la alegría, hubiera venido á posarse sobre tu corazoncito!

Me parecía verla, en los ratos de recreo, apoyada en un árbol, mirando con sus grandes ojos, jugar á sus compañeras. A veces su rostro se animaba, y sonreía al mirar algunas travesuras de las niñas.

—Por qué no juega, Rosario?

—No puedo. ¡Qué va!

Yo entonces sentía que me sublevaba contra alguien, contra la naturaleza. —¡Qué triste era aquella caricatura de la niñez!

A menudo, en medio del silencio de la clase de escritura, resonaba su tocesita seca que la dejaba sin fuerzas. —¡Cuánto sufría yo entonces al